

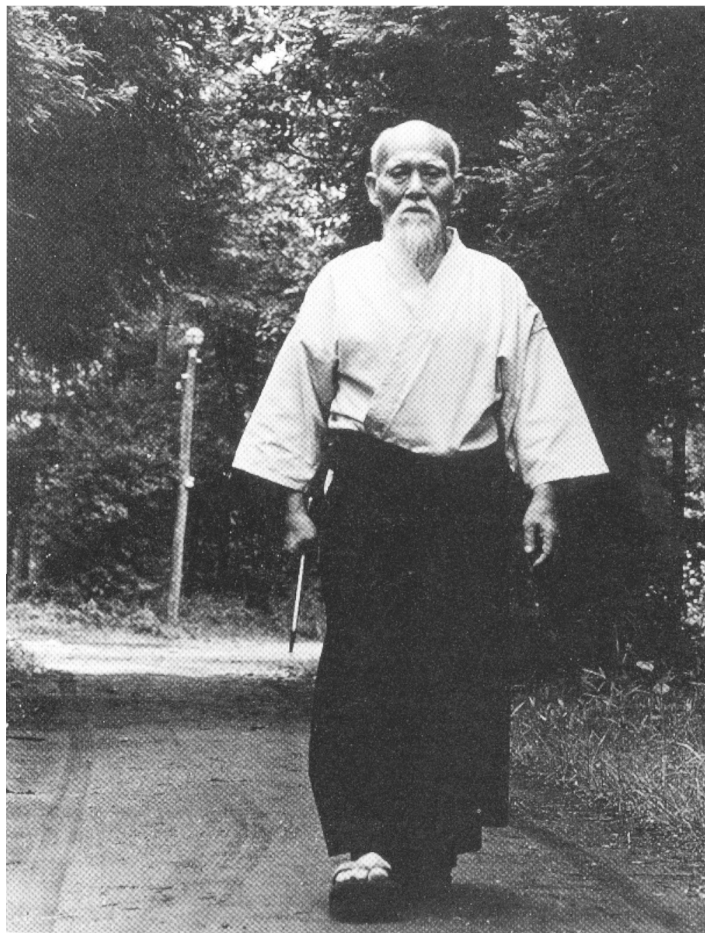
GUERRERO DE LA PAZ

Por Alonso Rosado Sánchez

El 14 de diciembre de 1883 en Tanabe, provincia de Kishu (hoy conocida como Prefectura de Wakayama), al Sur de Japón, nació Morihei Ueshiba, destinado a brillar con luz intensa en el firmamento de las artes marciales. Siendo pequeño, débil y enfermizo en su primera infancia, salía poco de casa. Durante las épocas invernales, mientras el frío viento azotaba los árboles y la nieve cubría los tejados de las casas con un manto blanco, Morihei permanecía cerca del fuego encendido en el interior de su hogar y a su resplandor leía con ávido interés los libros escritos por Confucio, como el Tao Te King (El Libro del Sendero y de la Línea Recta) y otras obras clásicas chinas, como el I Ching o Libro de las Mutaciones. Su madre, cuya naturaleza estuvo siempre inclinada a la religión, la poesía y el arte, gustaba de narrarle las leyendas en torno a los hechos milagrosos de santos como “En no Gyoja” y “Kobo Daichi”, que el niño escuchaba fascinado. Más tarde, sus padres hicieron arreglos para que un sacerdote de la rama Zen “Shingon” lo visitara para enseñarle más acerca de la literatura clásica china y de los ritos esotéricos budistas. Luego, a los siete años de edad, comenzó a frecuentar el cercano templo de Jizodera, perteneciente a la línea Zen mencionada.

Aunque la familia de Morihei poseía tierras y estaba dedicada a la agricultura, su padre, Yoroki, tenía ancestros Samurai y solía narrarle a su hijo las hazañas del abuelo “Kichiemon”, quien fuera considerado como el más fuerte entre los Samurai de su

tiempo. Asimismo aconsejó al niño que, para superar su debilidad física, practicara la lucha Sumo y también la natación. Morihei se aplicó a ello y poco a poco empezó a robustecerse hasta que se volvió saludable, fuerte y ágil. Entonces ya pudo asistir a la escuela de primera enseñanza de Tanabe, donde



se graduó a los doce años. A esa edad tuvo lugar un acontecimiento que señalaría el rumbo que iba a tomar su vida. Sucedió que su padre había sido elegido miembro de la Junta Local que administraba los asuntos de la población y eso lo colocó en oposición directa con políticos venales que a menudo enviaban a sus matones para intentar “negociar” que las cosas marcharan a favor de sus amos. Como Yoroku nunca cedió ni se dejó sobornar, un día aquellos rufianes lo rodearon y le propinaron una paliza terrible. Morihei lo presenció todo, impotente para rescatar a su padre. Invadido por una furia sorda se prometió que aprendería a pelear y que sería lo suficientemente poderoso para proteger a su padre y arrojar lejos a cualquier malvado que osara atacarlo.

La oficina de impuestos. Así estaban las cosas cuando, a los trece años se inscribió en la escuela secundaria de Tanabe, pero la dejó antes de graduarse para continuar sus estudios en el Instituto

“Ábaco” Yoshida. Allí sí prosiguió hasta recibir su diploma e inmediatamente obtuvo empleo en la oficina de impuestos de Tanabe donde tenía, entre otras obligaciones, la de gravar las tierras de los aldeanos. Sin embargo, en 1902, cuando tenía 19

años, recibió de sus jefes la orden de apoyar una nueva ley de impuestos. Al revisarla, llegó a la conclusión de que era injusta para los campesinos y, para consternación de su padre, encabezó una manifestación y protesta de los aldeanos contra dicha ley. Como es de suponerse, aquello fue el final de la trayectoria del joven Ueshiba por el mundo de los impuestos porque hizo lo que, dadas las circunstancias, era lógico: renunció a su puesto.

La papelería. Después de eso se fue a Tokio y allí abrió una tienda en donde vendía artículos escolares y de papelería, la “Comercial Ueshiba de papelería y útiles escolares”; pero no olvidaba su propósito de aprender a luchar, así que por las noches estudiaba Jujutsu de la Tenjin Shinyo Ryu en el dojo “Kito Ryu” y también Kenjutsu, o técnica de la espada, en el dojo “Shinkage Ryu”. Entonces enfermó de beri-beri, una enfermedad nerviosa causada por falta de vitamina B1 (Tiamina) y, cerrando la papelería, regresó a Tanabe. Decidido a recuperarse siguió practicando todos los días con la espada y continuó ejercitando

lo que sabía de Jujutsu hasta que estuvo otra vez sano y más fuerte que antes. Aunque medía sólo 1.54 Mts. era musculoso en extremo y por ello gustaba de participar en los concursos para descascarar arroz que se llevaban a cabo cada año en el pueblo y lo hacía con tal vigor que llegó a romper varios de los pesados mazos de madera que se usaban para golpear el grano en aquellos certámenes.

El ejército. En 1903, a los 19 años, contrajo matrimonio con una joven de nombre Hatsu Itogawa, a quien había conocido desde que ambos eran niños. Poco después pretendió alistarse en el ejército japonés, pero fue rechazado porque no alcanzaba la estatura mínima reglamentaria. Quedó desolado, mas no se resignó y decidió hacer algo al respecto: empezó a ir todos los días al bosque cercano y en él corría para aumentar su resistencia; a intervalos, se sujetaba con ambas manos de las ramas de los árboles y se balanceaba por largos ratos para estirar su cuerpo, intentando acrecentar su talla. Volvió a presentarse a la oficina de reclutamiento y esta vez logró aprobar el examen, pasando a formar parte del 37º Regimiento de la 4ª División de Infantería estacionada en Osaka. En ese lugar entrenó con especial empeño la técnica de bayoneta hasta volverse un experto en su uso. Durante los días de descanso que el ejército le concedía, iba a tomar clases al dojo del maestro Masakatsu Nakai donde aprendió Jujutsu Yagyu-ryu de la escuela



Goto. Cuando, en 1904, estalló la guerra ruso-japonesa, el joven Ueshiba fue enviado al frente de batalla de Manchuria. Allí se distinguió tanto por su disciplina como por su ánimo esforzado con el que siempre levantaba la moral de sus compañeros de armas. Durante las marchas, a menudo tomaba las mochilas de sus camaradas que desfallecían y las llevaba sobre sí. Los superiores, al observar su meritoria conducta, lo promovieron rápidamente al grado de sargento. La guerra terminó en 1905 y cuando, en 1907, completó su período de cuatro años de servicio, el comandante de su regimiento lo recomendó para su ingreso en la Academia Militar Nacional, con el objeto de que se convirtiera en oficial de carrera, pero cortésmente rehusó la sugerencia, se dio de baja en el ejército y volvió a Tanabe para seguir cultivando las tierras que allá poseía y laborando en la granja familiar. Al mismo tiempo, siguiendo el ejemplo de su padre, también participaba en la vida política de la población, tomando parte

en actividades que beneficiaban a los miembros de la misma.

Judo Kodokan. Pronto, sin embargo, comenzó a mostrarse cada vez más inquieto e irritable y empleaba la mayor parte de su tiempo en la oración y el ayuno. Preocupado por tal comportamiento, su padre pensó, acertadamente, que al temperamento marcial del joven Morihei le hacían falta oportunidades para expresarse y por ello contrató los servicios de un bien

conocido judoka, Kiyochi Takagi, de la escuela Kodokan del Dr. Kano para que le enseñara. Además, Kiyochi era experto en el Jujutsu de la modalidad Tenshin Shinyo Ryu. El señor Yoroku convirtió en dojo el granero de la granja y su hijo comenzó a recibir sus lecciones. Como siempre, resultó un alumno aplicado e hizo rápidos progresos. Fue así como añadió al caudal de sus conocimientos el Judo Kodokan y el Jujutsu de la Tenshin Shinyo-Ryu.

Matsuko, la hija. En 1911 nació al matrimonio Ueshiba una niña a la que pusieron el nombre de Matsuko, quien trajo dulzura y contento al hogar de sus padres.

La colonia de Shirataki. Siempre atento al bienestar público, un año después, en 1912, Morihei reunió a un grupo de 80 aldeanos, la mayor parte granjeros desempleados y pescadores sin fortuna, y los condujo a los bosques de Hokkaido con la intención de fundar una colonia en la que, a través de una nueva vida con nuevas oportunidades, todos pudieran



prosperar. Hatsu, su esposa, y Matsuko, su hija, lo acompañaban. Al nuevo poblado le dieron el nombre de "Shirataki". La tierra era dura y poco propicia para el cultivo. Los primeros tiempos fueron muy rudos para los colonos. Durante 3 años seguidos los terribles vientos, los inviernos crudos y, a veces, las inundaciones, hicieron que se perdiera la mayor parte de las cosechas de arroz, papas y otros vegetales. En cierta ocasión, un incendio redujo a cenizas casi todas las casas de la aldea; pero bajo la dirección e impulso de Morihei se construyeron otras nuevas. Tenía una fuerte voluntad y se mostró siempre muy capaz para guiar y organizar aquel grupo. Por fin la colonia prosperó y se convirtió en una exitosa comunidad maderera. Sus agradecidos paisanos lo comenzaron a llamar, respetuosa y afectuosamente, "El Rey de Shirataki". Adquirió no solamente prestigio social sino también tierras. Por otra parte, su salud era magnífica: los años de trabajo intenso y la costumbre que tenía de viajar a caballo aún en medio del frío extremo, lo habían endurecido y curtido hasta el punto de que su fuerza era sorprendente y los colonos hablaban de ella con admiración.



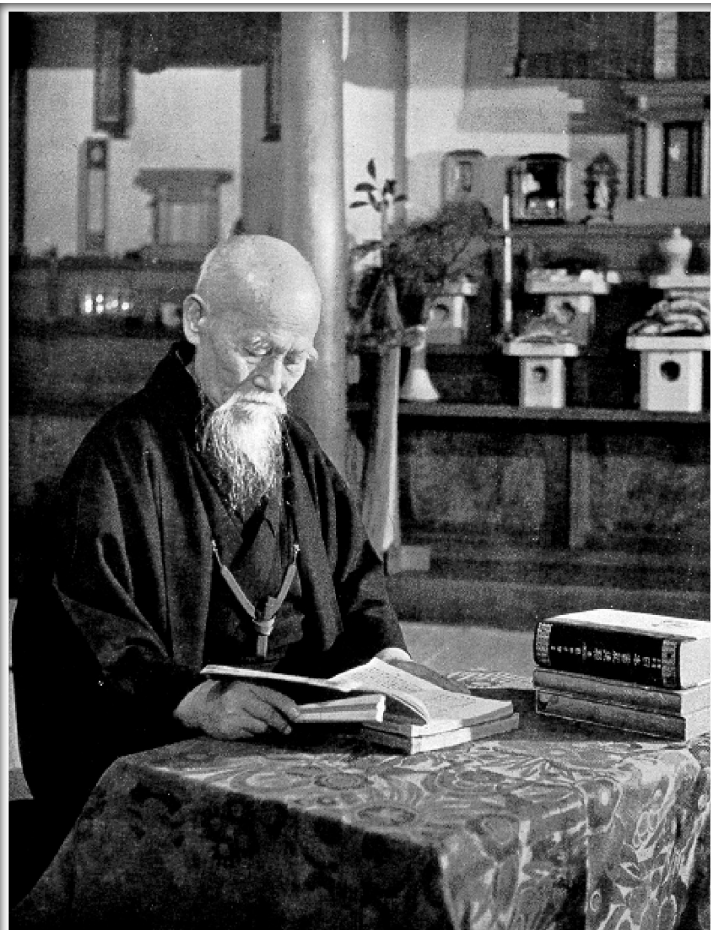
Sokaku Takeda, el terrible. Corría el año de 1915 cuando, durante un viaje que hizo a la población de Engaru y mientras comía en el mesón "Hisada", conoció a Sokaku Takeda, quien era el gran maestro del Jujutsu Daito Ryu. De acuerdo con la tradición, esa técnica de combate se fundó en el año 1,100 de nuestra Era por Minamoto Yoshimitsu, perteneciente a la sexta generación de descendientes del emperador Seiwa. Fue enseñada de manera muy secreta a los Samurai hasta 1574, cuando se hizo extensiva a los shogunes (señores feudales) y a los guerreros de alto rango del clan Aizu, en cuyo seno se conservó durante los siguientes trescientos años. Sokaku Takeda, miembro de dicho clan, aprendió el Daito Ryu de su padre, Sokichi; y de Saigo Tanomo, quien fuera consejero en jefe del clan Aizu, otra eficaz técnica de Jujutsu llamada "Oshikiiuchi". En 1868, cuando el emperador Mutsuhito puso fin al feudalismo, favoreciendo en su país la asimilación de la cultura occidental y se prohibió a los Samurai portar en público sus temibles espadas, Saigo Tanomo se convirtió en sacerdote Shinto y tomó el nombre monástico de Hoshina Chikanori. Quince años después su antiguo discípulo, Sokaku Takeda, lo visitó en el templo de Tsutsukowake, en Fukushima, con el objeto de que lo instruyera para volverse, él también, monje. No

sólo obtuvo esa enseñanza sino que, al mismo tiempo, su preceptor, viendo en él al discípulo adecuado para transmitirle la esencia del Daito Ryu, en la que también era experto, y del Oshikiiuchi lo instruyó en los aspectos más secretos y esotéricos de esas dos formidables técnicas de combate. Aseguró de esa manera que no se perdieran cuando él muriera, pues aparte de él no había nadie más que las conociera tan profundamente; es decir, era el último de una cadena de maestros que guardaban celosamente sus conocimientos y los transmitían a un discípulo elegido antes de abandonar este mundo. Aunque al final Sokaku Takeda se percató de que no tenía el temperamento requerido para ser sacerdote y decidió no ordenarse, siguió visitando a su maestro y aprendiendo de él. Quienes lo conocieron afirmaban que llegó a perfeccionar habilidades aparentemente sobrenaturales, como la capacidad de leer la mente de otros y conocer su pasado, presente y futuro, aún antes de que le fueran presentados.

El pequeño demonio

de Aizu. Debido a su naturaleza fiera y a su tremenda habilidad en el combate, Takeda ganó, entre la gente del pueblo, la reputación de ser "un demonio guerrero" y le decían "el pequeño Tengu de Aizu". ("Tengu", en la tradición japonesa, era un género de demonios de nariz larga y corta estatura). El sobrenombre estaba bien aplicado porque, aunque medía escasamente 1.50 Mts., ejecutaba proezas extraordinarias. Excelente en el manejo de la espada, había tenido varios duelos de los que siempre salió triunfante. Una vez, rodeado por una multitud hostil, se abrió paso proyectando por los aires a quienes intentaban detenerlo y salió del sitio sin recibir ni un rasguño. Se cuenta que, en 1943, a la edad de 83 años, en su lecho de muerte y casi paralizado, todavía fue capaz de arrojar, a buena distancia, a un judoka de sexto Dan.

Aprendizaje con Takeda. Morihei Ueshiba, con el objeto de mejorar su técnica marcial, tenía por costumbre, siempre que oía hablar de un buen maestro, visitar su dojo y practicar en él. Siempre cortés y bien educado, jamás retaba al titular de la escuela ni a sus alumnos. Decía que ello no hubiera probado nada, porque el maestro de un dojo siempre tiene muchas cosas en qué pensar y resultaba injusto juzgarlo por



Durante su viaje, alguien a quien le comentó el delicado estado de salud de su padre, le aconsejó que acudiera a un cierto templo que se encontraba no muy lejos, en Ayabe, cerca de Kyoto, añadiendo que, si dedicaba allá una plegaria a su padre, éste recobraría la salud. Morihei, por lo tanto, se desvió y fue al santuario. Establecido en las ruinas del antiguo castillo Kameoka, resultó ser la sede de una nueva religión llamada Omoto (el Gran Origen) y conocida generalmente como Omoto-Kyo. Escuchó a su dirigente, Onisaburo Deguchi, hablar de la necesidad del desarme mundial para establecer un reino de paz sobre la tierra. Era, sin duda, un hombre carismático. Profundamente impresionado, Morihei elevó sus oraciones por el pronto restablecimiento de su padre y, luego de permanecer allí tres días, continuó su viaje. Mas cuando llegó a Tanabe comprendió, con dolor, que su demora había sido excesiva: su padre había fallecido. Agobiado por el dolor recordó, sin embargo, a Onisaburo y su prédica que tanto le había inspirado y, queriendo aprender más, se trasladó junto con su familia a Ayabe. Llegó en el año de 1920 y, con el empeño que lo caracterizaba cuando acometía una empresa, se condujo como un excelente discípulo de Onisaburo. Quienes habían estado cerca de éste, daban fe de su capacidad para conocer lo que pasaba por las mentes de otros, de su clarividencia (capacidad para ver a distancia), clariaudiencia (capacidad para escuchar a distancia), telepatía (transmisión y recepción del pensamiento) y su aptitud para predecir sucesos futuros. En otras palabras, era un mago, palabra que de ninguna manera hay que confundir con la de "ilusionista", refiriéndose al que, en un escenario, ejecuta trucos hábiles para sorprender a los espectadores. "Mago", en cambio, en el verdadero sentido de la palabra, es el que conoce las leyes naturales y sabe cómo usarlas. Si verdaderamente lo es, siempre se sirve de ellas para

beneficiar a sus semejantes y a su entorno. Hay otros, por supuesto, los que siguen el sendero de la *izquierda*, los caminos *siniestros*, que pretenden manejarlas en perjuicio de los demás, pero, al proceder así, es como si amontonaran carbones encendidos sobre su cabeza. Las mismas fuerzas que con tan bajas intenciones intentan manipular, terminarán por volverse contra ellos y los destruirán (*el que tenga oídos para oír, que oiga*).

Si verdaderamente lo es, siempre se sirve de ellas para beneficiar a sus semejantes y a su entorno. Hay otros, por supuesto, los que siguen el sendero de la *izquierda*, los caminos *siniestros*, que pretenden manejarlas en perjuicio de los demás, pero, al proceder así, es como si amontonaran carbones encendidos sobre su cabeza. Las mismas fuerzas que con tan bajas intenciones intentan manipular, terminarán por volverse contra ellos y los destruirán (*el que tenga oídos para oír, que oiga*).

El primer hijo. 1917 trajo una alegría especial al matrimonio Ueshiba: nació su primer hijo varón, al que le dieron el nombre de Takemori. Atento a sus deberes paternos, de manera paralela continuaba sus entrenamientos, de manera intensa, en Daito Ryu y también hacía sitio para servir a la comunidad. Así, desde junio de 1918 hasta abril de 1919, ocupó el cargo de Concejal en el Ayuntamiento de la villa de Kamiyubetsu.

Meditación y Kotodama. Morihei Ueshiba, entonces, empezó a practicar bajo la dirección de Onisaburo Deguchi las técnicas de meditación Chinkon Kishin, creadas por los antiguos místicos para calmar el espíritu y permitirle al ser interior retonar a su estado puro. También se sumergió en el estudio profundo del "Kotodama". *Kotodama* se les llama en Japón a los numerosos sistemas esotéricos cuya premisa básica es la de que los sonidos, incluyendo palabras especiales pronunciadas o mentalizadas en cierta forma, tienen el poder de afectar y modificar a la materia, como sucede con los *mantras* de la tradición filosófica Hindú. Onisaburo Deguchi, por supuesto, tenía su Kotodama, que fue al que se aplicó Morihei.

Onisaburo Deguchi, el mago. Entonces, en diciembre de 1919, recibió la noticia de que allá en Tanabe, su padre, Yoroku, se hallaba gravemente enfermo. Cedió su casa, su dojo y sus tierras al maestro Takeda y se fue de Shirataki a toda prisa para ver al autor de sus días.

No descuidaba, empero, su vocación de servicio y por ello organizó en la población una brigada contra incendios y se puso a la cabeza de ella.

El dojo "Ueshiba Juku". Tampoco desatendió las artes marciales. Por el contrario, en una de las estancias de la casa donde vivía colocó 18 tatamis y la convirtió en el dojo "Ueshiba Juku", donde comenzó a enseñar cursos de introducción a las artes marciales que incluían técnicas de espada, pértiga, lanza y,

naturalmente, jujutsu. La mayor parte de sus alumnos eran, por aquella época, seguidores de Omoto-Kyo. Mas la presencia de un guerrero de su talla no podía pasar desapercibida y empezó a difundirse la noticia de que en Ayabe vivía un gran maestro de artes marciales y ello atrajo a muchos que solicitaban aprender de él, incluyendo a los marinos de la cercana base naval de Aizu.

Cuando no estaba enseñando, se sumergía en el estudio de los principios del Omoto-Kyo, del Kotodama y en la meditación. Ello hizo que gradualmente su instrucción se tornara más espiritual y que, para disgusto de su maestro, el temible Sokaku Takeda, comenzara a predicar la no violencia y a enseñar que las artes marciales eran un vehículo para implantar la paz en el corazón de los seres humanos.

Aflicción y alegría. En el mes de agosto de 1920 nació su segundo hijo varón, Kuniharu; pero a la dicha que ese acontecimiento le trajo, siguió una gran pena, porque días después su primer descendiente varón, Takemori, que ya contaba con tres años de edad, cayó en cama víctima de un virus y poco después murió. Luego, en septiembre, y aquejado por la misma enfermedad, Kuniharu, con sólo un mes de nacido, también falleció. La congoja de los padres era inmensa. Morihei únicamente lograba mitigarla reflexionando sobre las enseñanzas de Omoto-Kyo y practicando en el dojo.

Mas la naturaleza, que siempre compensa, le trajo después una gran ventura cuando al año siguiente, 1921, vino al mundo su tercer hijo varón: Kisshomaru.

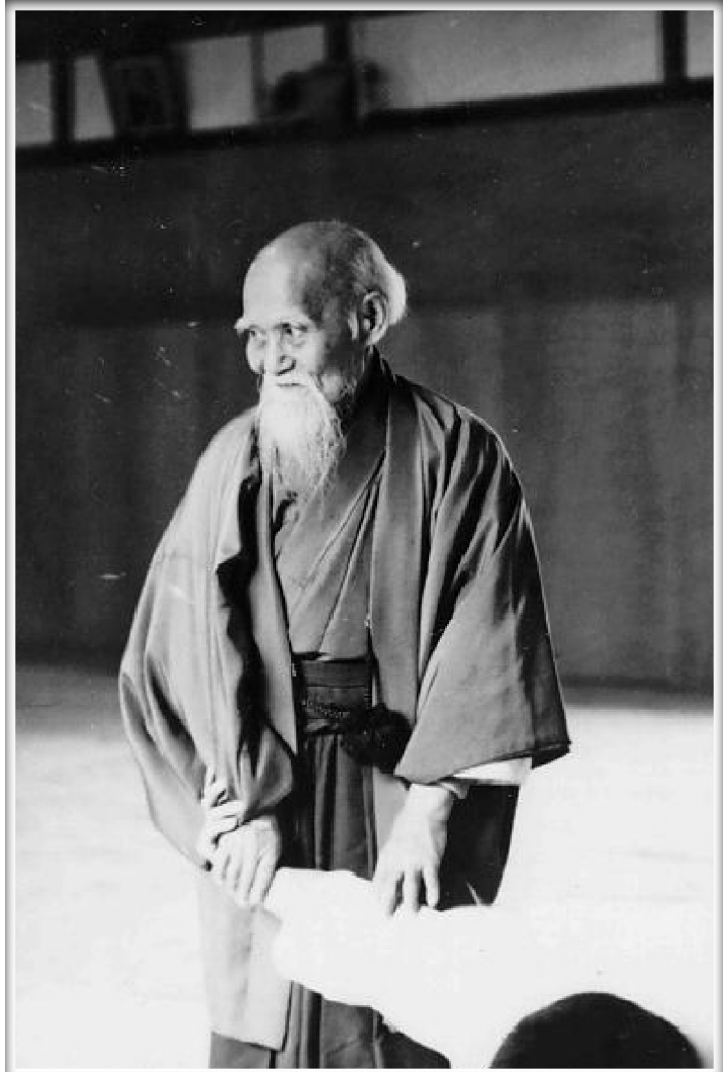
Aiki Bujutsu. En 1922 nuevamente el dolor tocó la vida de Morihei Ueshiba cuando su madre, la señora Yuki, partió de este mundo. Mas pronto tuvo que aprestar su espíritu porque el 28 de abril llegó a Ayabe su maestro, Sokaku Takeda, quien permaneció en la población durante cinco meses, instruyéndolo. Antes de partir confirió a su discípulo el título de "Kyoji Dairi" (asistente de enseñanza), acompañado del certificado correspondiente. Como ha quedado dicho, la concepción marcial de Morihei ya se había vuelto más humanista y debido a ello, por esa época empezó a separarse de los enfoques tan acentuadamente bélicos del Daito Ryu y del Yagyū-Ryu y a desarrollar su propia técnica a la que dio el nombre de "Aiki Bujutsu", que significa "técnica guerrera a través de la armonía espiritual". El público, empero, la conocía con la denominación de "Ueshiba Ryu Aiki Jujutsu". Nótese que aquí ya comenzaba a despuntar el concepto de *Aiki* o armonía espiritual.

Aventura en Mongolia. En 1924 Onisaburo Deguchi preguntó a Morihei si estaba dispuesto a ir con él y tres acompañantes más a Mongolia, con el propósito de establecer allá una colonia modelo en donde la vida se rigiera de acuerdo al credo pacifista de Omoto-Kyo y la mira de crear después una gran comunidad asiática viviendo bajo las mismas directrices. Morihei, idealista, aceptó y los cinco se internaron en territorio mongol, a pie. No pasó mucho tiempo sin que un grupo de bandidos montados a caballo los descubriera. Los esperaron en un estrecho paso que los viajeros debían atravesar y cuando los tuvieron a tiro empezaron a disparar sus carabinas sobre ellos. Morihei echó mano de su máuser y respondió el fuego. Luego, al estilo de su maestro Takeda, se abalanzó contra los malhechores y situándose en medio de ellos los atacó fieramente. Los rufianes, aterrados, se dispersaron.

Lo que no sabían los cinco expedicionarios era que el emperador chino estaba al tanto de su incursión y los veía con malos ojos. Se vivían tiempos de turbulencia política en

toda Asia y, existiendo una antigua y fuerte enemistad entre China y Japón, casi cualquier japonés que entraba a China era considerado espía o, al menos, sospechoso de serlo. Para empeorar las cosas, Onisaburo habló ante algunos chinos que consintieron en oírlo, del advenimiento de un nuevo orden con un gobierno mundial integrando a todas las religiones existentes en Omoto-Kyo, con él mismo como dirigente. Como era natural, el emperador lo supo y aquello le olió a insurrección; por tanto, dio orden de capturar cuanto antes a los "extranjeros sediciosos". Pronto el grupo se encontró acosado y fugitivo en tierra extraña.

"Guijarros" de luz. En cierta ocasión un individuo creyó reconocerlos y, empuñando una pistola, le apuntó a Morihei Ueshiba al pecho. Este tuvo entonces una experiencia singular: como si se encontrara en otra dimensión pudo ver, antes del disparo, unas como "pedrecitas de luz blanca" que salían moviéndose en cámara lenta de la boca de la pistola. Desplazándose a un lado de su trayectoria evitó ser alcanzado por la bala, llegó hasta el tirador y lo desarmó. En otra oportunidad la partida fue emboscada por tiradores apostados en ambos flancos de un paso de montaña que cruzaba. La experiencia se repitió. Morihei anticipó y esquivó varias descargas vien-



KATANA

do de nuevo aquellos “guijarros de luz blanca” que venían delante de las balas, señalando su recorrido para que pudiera evitarlas. Lo que sucedía, sin duda, era que a través de sus meditaciones y prácticas espirituales había desarrollado en alto grado, y entre otras facultades, aquello que los investigadores modernos llaman P.E.S (Percepción Extrasensorial). Nadie que no haya tenido el entrenamiento espiritual, mental y físico de ese maestro y su altura de consciencia puede pensar siquiera en emular tales proezas.

Prisioneros. ...Pero ni siquiera esas prodigiosas capacidades pudieron librarlos por más tiempo. Después de seis meses de penurias en los que aquellos cinco idealistas trataron en vano de ganar adeptos, fueron capturados por los enviados de varios señores de la guerra chinos que los buscaban, declarados enemigos de la nación y sentenciados a muerte. Los despojaron de su dinero, ropas, comida y equipaje. Les quitaron hasta sus zapatos. Mas a pesar del rudo trato, el bravo Ueshiba no mostró miedo ni dolor. Eso enfureció a sus captores, que le hicieron meter la cabeza y las muñecas en un cepo y le colocaron grilletes y cadenas de hierro en los tobillos. Así lo hicieron marchar con sus compañeros hasta donde los aguardaba el pelotón de fusilamiento. Los cinco conservaron la calma mientras se abrían paso entre los cadáveres de otros infelices que acababan de ser ejecutados. Cuando ya estaban formados esperando la descarga mortal, y como si se hubiera tratado de una película de suspenso, se presentó un mensajero con la noticia de que el gobierno japonés había intervenido, por medio de sus diplomáticos, ante el emperador chino y había logrado la libertad de los prisioneros. Salvados en el último instante regresaron a Japón, en donde sus compatriotas les dieron una bienvenida de héroes.

Otra vez en Ayabe, volvió a practicar sus artes marciales aún con mayor intensidad que antes. Su Ki (fuerza espiritual) se volvió tan poderoso que los movimientos que hacía al esquivar y derribar a sus estudiantes durante las prácticas, parecían sobrenaturales. Refiriéndose a él, Onisaburo Deguchi solía decir a sus visitantes: “El espíritu de un gran guerrero mora en esta comunidad”.

Una visión proveniente del infinito. En 1925 tuvo lugar un acontecimiento que marcaría, como con fuego, para siempre la vida de Morihei Ueshiba y daría a su Aiki Bujutsu otro importante toque espiritual. En la primavera de 1925, un teniente de la marina imperial, quien también era maestro de Kendo (lucha con espada), supo de la fama y reputación de aquél y fue a visitarlo a su escuela de Tanabe. El maestro lo trató con la cortesía debida a un huésped y quiso explicarle

cuáles eran los principios filosóficos de su arte marcial, pero el teniente le dijo que no estaba de acuerdo con sus ideas pacifistas. El primero reiteró calmadamente sus argumentos y su interlocutor, montando en cólera, lo retó a un duelo con espada. Morihei trató de disuadirlo, mas no lo consiguió. Por último aceptó, pero dijo que, por su parte, no usaría espada ni arma alguna. Eso enfureció aún más al oficial porque pensó que se le deseaba humillar y, empuñando un *bokken* (espada de madera para prácticas) se precipitó sobre el maestro y descargó un terrible golpe que cayó en el vacío porque él ya no estaba allí. Hendiendo el aire con la espada, que producía zumbidos al hacerlo, y valiéndose de toda su fuerza, velocidad y técnica, el teniente se esforzaba en golpear a Morihei, pero éste, con movimientos mínimos esquivaba todos los ataques. Por fin, exhausto, jadeante y bañado en sudor, aquél se dio por vencido y tomó asiento sobre el tatami. El maestro, con voz seca, le dijo: “¡Ahora, controle su genio o salga de este sitio!” El teniente, confuso y avergonzado, inclinó la cabeza,



ofreció sus disculpas y se marchó. Uno de los alumnos que presenciaron el incidente preguntó: “Maestro, ¿por qué no derribó a ese insolente? Todos vimos lo fácil que le hubiera sido”. La respuesta fue: “¿Para qué? Nunca estuve en peligro. Todos sus movimientos fueron tan obvios que pude anticiparlos fácilmente. Además, si lo hubiera yo abatido sobre el tatami, mis actos no hubieran estado acordes con el espíritu del Aiki bujutsu, el cual sólo debe utilizarse en casos de estricta necesidad”.

Naturalmente, Morihei Ueshiba presentó las cosas así, pero quien ha visto a un instructor de Kendo en acción, sabe que los movimientos que hace con la espada tienen la velocidad de un relámpago. Lo que ocurrió fue que en esa ocasión se repitió la experiencia de Mongolia: antes de que el sable se moviera, él podía ver líneas de luz

blanca moviéndose en cámara lenta y mostrándole la dirección que iba a seguir el golpe, para evitarlo. De esta forma lo relató más tarde a sus discípulos.

Después de que el teniente se retiró, el maestro salió al jardín del dojo y, sacando del pozo agua con una cubeta de madera, se refrescó la cara. Luego se situó a la sombra de un árbol de caqui para descansar. Entonces sucedió. La narración del hecho, con sus propias palabras, fue ésta: “De pronto sentí que la tierra temblaba bajo mis pies. Un vapor dorado surgió de ella y me envolvió. Del cielo descendió una cascada de luces cegadoras, cubriéndome. Mi cuerpo empezó a volverse cada vez más grande, hasta que alcanzó el tamaño del Universo entero. Me di cuenta de que comprendía el lenguaje de los pájaros y de que era capaz de sentir lo que había en la mente de Dios, Creador de todo el cosmos. Repentinamente entendí que la fuente del Budo es el amor. Por él y a través de él debe uno vivir. Esa era la esencia de las artes marciales, que siempre había yo estado buscando. No fueron creadas para destruir al

mundo con armas o de cualquier otra manera, ni para aniquilar a un enemigo usando la fuerza, sino para fomentar y mantener la paz sobre la tierra, cultivarla amorosamente y proteger a todos los seres que la naturaleza creó. Mientras comprendía todo esto, abundantes lágrimas de gozo salían de mis ojos y corrían, como pequeños arroyos, por mis mejillas.

“Desde entonces siento que toda la tierra es mi hogar y que el sol, la luna y las estrellas son mis amigos cercanos. Me liberé de todo deseo de alcanzar posición, fama y riquezas, así como de ser poderoso. Lo que importa es vivir el amor a través del Budo (arte marcial) y derramarlo por doquier”.

Cuando salió de esta experiencia, el maestro, quien entonces contaba con 42 años, hizo un cambio sutil, pero significativo, en el nombre de su arte marcial: ya no le llamó *Aiki Bujutsu* (técnica guerrera a través de la armonía espiritual) sino *Aiki Budo* (Sendero de la armonía espiritual a través del arte marcial).

Al saber lo que había ocurrido, Onisaburo Deguchi le dijo que ya no había duda: la misión de su vida era enseñar, no sólo en Japón sino en todo el mundo, el verdadero significado y propósito del Budo o arte marcial: poner fin a toda contienda y establecer la concordia entre los seres humanos. Él mismo le recomendó que abandonara Omoto-kyo y dedicara todos sus esfuerzos a cumplir con aquel propósito.

Instrucción a la nobleza. Al año siguiente, 1926, más personas buscaron al maestro para aprender de él, contándose entre ellas muchos miembros de la alta sociedad y la nobleza, como el almirante de la marina imperial Isamu Takeshita. Este lo había conocido en Tokio desde 1925 y cuando lo vio practicando quedó tan impresionado que no sólo se convirtió en su alumno sino también en uno de sus principales patrocinadores y promotores. En su residencia de Tokio invitó al ex Primer Ministro, conde Gombei Yamamoto y al príncipe Shimazu para que presenciaran una demostración. Tan buena recepción tuvo el Aiki Budo del maestro Ueshiba entre los aristócratas, que se organizó un curso de 21 días para que enseñara a los guardias personales del emperador en el palacio de Ayomoa.

Kenji Tomiki, el judoka. Por esa época había un famoso judoka, Kenji Tomiki, de veintiséis años, discípulo del Dr. Jigoro Kano, creador del Judo. Los estudiantes de Tomiki le contaron las cosas asombrosas que habían oído del maestro Ueshiba y le sugirieron que, para probar si eran verdad o se trataba de exageraciones, tuviera un encuentro con él. Tomiki, despectivamente, respondió: “También yo he oído hablar de esas demostraciones fraudulentas de Ueshiba; pero, mire, él tiene ya más de cuarenta años. Si yo le diera una buena zarandeada, mis colegas instructores de Judo se reírían de mí y dirían que fui un abusivo”. Rápidamente, los alumnos le aseguraron que a nadie se lo comentarían si lo hacía. Entonces Tomiki se presentó en el dojo de Morihei Ueshiba y lo retó. Este consintió y ambos se colocaron en el centro del tatami. Tomiki trató de sujetar a su adversario por la solapa y la manga, como estaba acostumbrado a hacerlo en el Judo, pero antes de que lo consiguiera se encontró volando y “aterrizó” KATA

buena distancia. Luego, el maestro lo “clavó” firmemente al piso, sin que pudiera hacer ningún movimiento. Dejó que se levantara y le dio otra oportunidad. Tomiki volvió a intentar una presa, mas nuevamente salió despedido por los aires y cayó sobre su espalda. Incorporándose, hizo una profunda inclinación ante el maestro, se disculpó por la actitud con que había llegado y dijo, con humildad: “¿Me aceptaría usted como su alumno?”. Aquél asintió. (Kenji Tomiki llegó a ser un aventajado Aikidoka. El 11 de febrero de 1940 Morihei Ueshiba le otorgó el 8º Dan. Asimismo continuó activo en el Judo Kodokan en el que recibió, en 1964, otro 8º Dan. Basándose en su experiencia en ambas técnicas, desarrolló su propia versión de Aikido, conocida como “Aikido Tomiki”. Falleció en diciembre de 1979).

Salida de Omoto-kyo. A principios de 1927, siguiendo la sugerencia de Onisaburo Deguchi, dejó la comunidad de Omoto-kyo en Ayabe y se trasladó con su familia a Tokio. Allá, el príncipe Shimazu convirtió la sala de billar de su

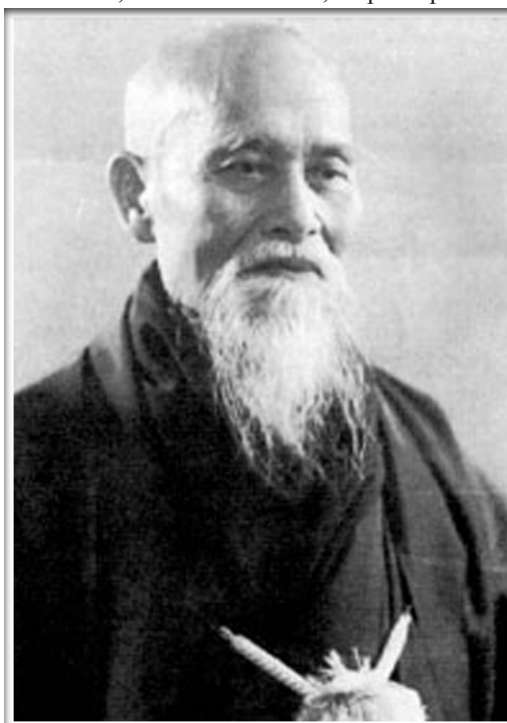
residencia en dojo y en ese sitio el maestro comenzó a darle instrucción, así como a las hijas del almirante Takeshita, del conde Yamamoto y del propio príncipe Shimazu. A las mujeres las instruía de la misma manera que a los hombres, cosa que no era común en esos días.

Como el número de sus alumnos aumentaba, viajó junto con su familia a la población de Tsunamachi, en Shiba, y luego a Kuruma-cho, instalando en cada uno de estos dos lugares un dojo para enseñar su Aiki Budo.

Una visita del Dr. Jigoro Kano. En 1930 el maestro adquirió una villa en Ushigome, Wakamatsu-cho y allí inició la construcción de un nuevo dojo, especialmente diseñado. Mientras se terminaba organizó otro en la localidad de Mejirodai. En el mes de octubre llegó a visitarlo allí nada menos que el célebre Doctor Jigoro Kano, fundador del Judo y dirigente del Kodokan. Al tanto de lo que había ocurrido con su alumno, Kenji Tomiki, quiso ver por sí mismo

a Morihei Ueshiba en acción. Al presenciar cómo ejecutaba éste sus técnicas, quedó admirado y se le oyó decir: “Este es mi Budo ideal, verdadero Judo”. Más tarde, en privado, dijo a sus estudiantes más cercanos: “La verdad es que yo tenía pensado contratar a Ueshiba para que enseñara aquí, en mi Kodokan, pero como es un maestro en su propia técnica, eso resulta imposible. Por eso mejor enviaré algunos de mis estudiantes a su escuela para que aprendan allí”. Así lo hizo, en efecto, y despachó con ese objeto a varios de sus pupilos más adelantados, entre los cuales iba uno llamado Minoru Mochizuki, quien más tarde se haría notar cuando creó un sistema que incluía elementos de Judo, Aikido, Karate y Kobudo al que nombró *Budo Yoseikan*. También fue el primero en enseñar Aikido en Occidente cuando, en 1951, viajó a Francia en calidad de instructor de Judo.

El Kobukan o dojo infernal. En 1931 el flamante nuevo dojo quedó listo y el maestro le dio el nombre de “Kobukan”.



Tenía una espaciosa área de 80 tatamis y sitio para albergar a más de treinta estudiantes viviendo como internos (los famosos uchideshis). Estos practicaban con tanto ardor e intensidad, que los vecinos del lugar le dieron a la escuela el sobrenombre de “El dojo infernal”. Por ese tiempo llegaron otros dos estudiantes que después ganarían renombre: Rinjiro Shirata, (de excepcional fuerza física) en 1931, y Gozo Shioda, en 1932. Este último, en 1955, creó su organización llamada “Aikido Yoshinkan”, en la que, afirmó, transmitiría fielmente los conocimientos que recibió del maestro Ueshiba tal como los enseñaba antes de que estallara la 2ª Guerra Mundial.

La Budo Senyokai. El 13 de agosto de 1932, la Sociedad Omoto-kyo estableció formalmente la “Budo Senyokai”, o Sociedad para el Fomento y Promoción de las Artes Marciales, con Morihei Ueshiba como su presidente.

Ese año, y debido a la abundancia de solicitudes de ingreso, otro dojo, hermano del Kobukai, se implementó con 150 tatamis para recibir a más estudiantes deseosos de aprender la técnica del maestro.

El reto de “Mangan”. Su fama ya había trascendido las fronteras de Japón y corría por el mundo, hasta el punto de que una vez, el enorme y fortísimo campeón mundial de lucha libre cuyo sobrenombre era “Mangan”, viajó desde los Estados Unidos para retarlo. Comparado con el diminuto japonés, parecía Goliat junto a David. Al comenzar el encuentro, Mangan atacó con su movimiento favorito: la patada voladora, pero el maestro la esquivó y después lo arrojó lejos de sí con facilidad. Sorprendido, el luchador hizo amistad con él y se convirtió en su alumno. Otros estudiantes suyos célebres por su fuerza incluían a Tenryu, el campeón de Sumo, y al poderoso luchador mongol conocido como “el Rey Te”.

Los escépticos. En las clases del maestro no faltaban observadores escépticos opinando que su técnica “no trabajaba” en situaciones reales. En cierta ocasión, por ejemplo, el general Miura, héroe de la guerra ruso-japonesa (1904-1905) y practicante de Jujutsu Daito Ryu, presenció una demostración de aquél y aunque le pareció “más o menos” bien, no quedó del todo convencido. Le preguntó entonces si estaba dispuesto a probar su habilidad en una de las sesiones de lucha con bayoneta (Jukendo) que él enseñaba en la Academia Militar Toyama y el maestro aceptó. Una vez allá, los mejores, más fuertes y grandes alumnos se colocaron frente a él. El general Miura le pidió que se pusiera un equipo protector, pero aquél rehusó diciendo que “así estaba bien” y que ya era suficiente protección que las bayonetas de práctica fueran de madera. Solicitó que lo atacaran todos a un tiempo, pero nadie tomó en serio su petición y sólo uno se adelantó y lo embistió con su bayoneta. El maestro lo mandó volando por los aires. Cayó lejos, sobre su espalda. Los demás se pusieron furiosos y atacaron simultáneamente, intentando

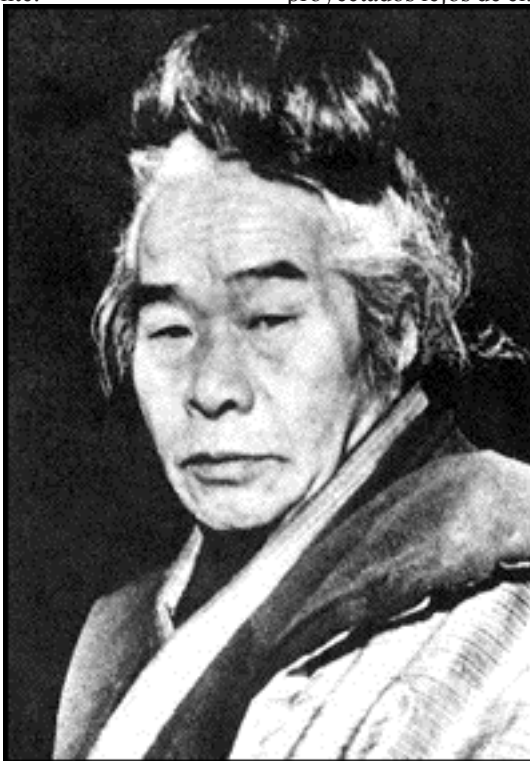
acertarle con las bayonetas, pero él, como si fuera la brisa que pasa entre los árboles, se movía de tal manera que nadie podía tocarlo. Finalmente, exhaustos y maravillados, los alumnos del general Miura fueron a sentarse otra vez sobre el tatami, dejando a un lado sus armas.

Más escépticos. Otra vez, en Osaka, durante una demostración ante los miembros del Departamento de Policía, notó que había escepticismo en su público. Pidió entonces a cinco de los más fuertes y grandes oficiales, todos judokas de alto grado, que lo inmovilizaran sobre el suelo. Se tendió boca arriba y permitió que cada uno de sus brazos y piernas fuera sujetado contra el suelo por uno de aquellos. El quinto oficial apretó su cuello con una estrangulación. De pronto, lanzó un estridente Ki-ai (grito de combate) y los cinco enormes policías salieron proyectados lejos de él. Se incorporó y, riendo de buena gana, les dijo: “Más vale que aprendan mejores técnicas de arresto si quieren capturar criminales peligrosos”. Cuando los espectadores preguntaron qué había pasado, el oficial que aplicó la estrangulación dijo haber sentido una tremenda fuerza invisible que le separó las manos. Los otros cuatro afirmaron que el cuerpo del maestro, cuando lo sujetaron, parecía hecho de seda, suave y dúctil, pero que un momento después se volvió pesado y fuerte como el acero y fueron lanzados lejos de él.

La emboscada. Entre los años de 1941 y 1942, cuando enseñaba su Aiki Budo a los cadetes de la Escuela de la Policía Militar en Tokio, para variar, quisieron probar si las técnicas que aprendían de él eran de veras efectivas, porque también tenían sus dudas. Así que decidieron emboscarlo. Una noche sin luna en que el maestro caminaba por los terrenos de la escuela con rumbo al dojo para dar su clase, se detuvo de pronto, presintiendo que un peligro lo acechaba. Súbitamente, de los ar-

bustos y depresiones del terreno, alrededor de treinta cadetes surgieron y lo rodearon. Entonces empezaron a tratar de golpearlo con sus espadas de madera y rifles de entrenamiento. El, sin mostrar preocupación alguna en su rostro, empezó a girar y a cambiar de posición, haciendo que sus atacantes cayeran y se atropellaran unos a otros. Así continuó hasta que éstos, rendidos por la fatiga y respirando pesadamente, se detuvieron, ofrecieron sus excusas y se retiraron, perdiéndose en las tinieblas de la noche.

El tronco de árbol. El poderoso *Ki* del maestro se manifestaba muchas veces en hechos cotidianos. Por ejemplo: una mañana en que daba un paseo por el campo, acompañado por su hijo Kishomaru, encontraron a ocho trabajadores intentando mover un enorme tronco que yacía con sus raíces expuestas. Sudaban, empujaban y jalaban, pero sin resultado. Después de estarlos observando durante algunos minutos, les pidió que se apartaran. Entonces sujetó el tronco, fácilmente lo levantó



y lo llevó al lugar que señalaron los asombrados trabajadores.

El sumotori. Cierta día, estando en Wakayama, un enorme y fornido luchador de Sumo llamado Mihama Hiro lo visitó. Mientras conversaban le dijo: "He oído que usted, Sensei, tiene una gran fuerza. Yo también. ¿Por qué no nos ponemos a prueba?" El maestro convino y, sentándose en el suelo, dejó que aquél lo empujara con todo su vigor. Resoplando y poniendo en juego su potencia entera, el luchador no pudo moverlo ni un ápice. Entonces, redirigiendo toda aquella energía, lanzó a Mihama Hiro por los aires. Cuando cayó pesadamente, colocó sólo su dedo índice sobre el pecho de aquél y lo inmovilizó por completo, como si hubiera tenido encima una gran roca. Dejó que se incorporara y el maestro, sentándose otra vez sobre el suelo, extendió sus piernas al frente y, apoyándose únicamente con las manos, levantó su cuerpo haciendo una "escuadra". Pidió entonces al atleta que lo empujara de nuevo. Así lo hizo, pero tampoco esta vez pudo moverlo. Mihama Hiro le pidió enseguida que lo aceptara como discípulo y comenzó a estudiar Aiki Budo.

Una lección de Ninjutsu. En oportunidad memorable, sus alumnos le preguntaron si consideraba que las hazañas que se atribuían a los Ninja, como volverse invisibles o caminar sobre las aguas, eran posibles. Les contestó: "Han estado ustedes viendo muchas películas sobre eso, pero en el cine no es sino una ilusión. Traigan sus *bokkens* (espadas de madera) y sus *Jos* (varas cortas de entrenamiento) y les daré una demostración de Ninjutsu verdadero". Más de diez lo rodearon, con sus armas, y al unísono se arrojaron sobre él... ¡y en ese momento se desvaneció o, por lo menos, ya no lo vieron! Confundidos, registraron cuidadosamente todos los rincones del dojo, pero no pudieron encontrarlo.

De pronto oyeron su voz que gritaba: "¡Aquí!" A diez metros de distancia, el maestro estaba de pie, semioculto a mitad del segundo tramo de la escalera que conducía al piso alto del dojo. Los discípulos, estupefactos, le pidieron a coro que ejecutara "otra demostración de Ninjutsu", pero él les respondió: "¿Intentan matarme sólo para entretenerse? Sepan que cada vez que alguien ejecuta esta técnica, su lapso de vida se reduce en cinco o diez años".

Las historias extraordinarias acerca de los hechos del maestro Ueshiba podrían llenar un volumen completo, pero basten las relatadas para darnos una idea del grado de adelanto espiritual al que había llegado y de su dominio del arte marcial.

La Fundación Kobukai. El gobierno japonés, consciente del enorme valor que para la nación tenía la enseñanza del maestro Ueshiba, el 30 de abril de 1940 y a través del Ministro de Salud y Bienestar, le concedió a su dojo, el Kobukan, el carácter legal de Fundación Incorporada, bajo el nombre de



"Kobukai". Su primer presidente fue el alumno y patrocinador de Morihei Ueshiba, el Almirante Isamu Takeshita.

Ese mismo año, la Academia de Policía donde enseñaba adoptó su Aiki Budo como técnica oficial de práctica para sus miembros.

La guerra. Entonces llegó la funesta Segunda Guerra Mundial. En 1940, aunque Europa ya se encontraba envuelta en las llamas del conflicto desde el año anterior, Japón aún no entraba en ella, al menos de manera formal. El maestro, sin embargo, sabía que la conflagración pronto alcanzaría a su país y aprovechaba toda ocasión que se le presentaba para dar a conocer su Budo antes de que aquello ocurriera.

Segunda visión. Después, en el mes de diciembre, tuvo otra experiencia espiritual profunda. Así la relató: "Alrededor de la una de la madrugada estaba yo ejecutando una purificación ritual. De pronto sentí olvidar todas las técnicas marciales que había aprendido. Luego, las enseñanzas de mis maestros se presentaron otra vez ante mí, pero con un significado completamente nuevo y fresco: ahora eran vehículos para el cultivo de la vida, el conocimiento, la virtud y el buen sentido, no maniobras para lanzar e inmovilizar al prójimo".

Si después de su primera visión la enseñanza que impartía se había vuelto más humanista y espiritual, como resultado de esta segunda experiencia esa tendencia se acentuó aún más.

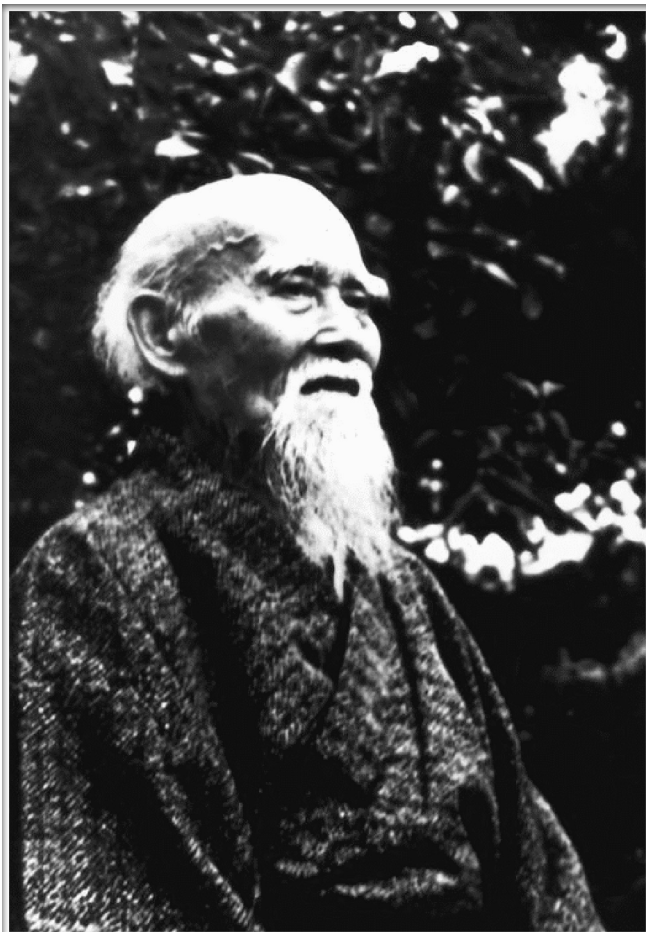
En presencia de la familia imperial. Su renombre seguía creciendo en Japón y en 1941, debido a la intervención del Almirante Isamu Takeshita, fue invitado a ofrecer una demostración en el dojo *Sainekan* de la residencia imperial ante los miembros de la real familia.

Los honores para él se sucedían uno tras otro. También fue llamado a Manchuria para dar instrucción durante la Semana Universitaria de Artes Marciales y fue nombrado consejero

en Artes Marciales para las universidades de Shimbuden y Kenkoku allá.

Inscripción en la Organización Butokukai. También en 1941, y debido a su alto valor educativo, el Aiki Budo de Morihei Ueshiba quedó formalmente inscrito en la prestigiosa organización gubernamental "Dai Nihon Butokukai" fundada en 1895 con el propósito de promover las artes marciales tradicionales japonesas junto con las virtudes emanadas de ellas.

La tercera visión. En 1942 la humanidad atravesaba por uno de los períodos más oscuros de su historia. La Segunda Guerra Mundial seguía azotando con furia y el Japón ya estaba inmerso en ella. El maestro Ueshiba tuvo otra visión: según lo narró, el Gran Espíritu de la Paz se presentó ante él y le explicó que ésta, la paz, constituía el sendero que todos debían seguir para eliminar confrontaciones y reconciliar a la humanidad entera. También le dijo: "El camino del guerrero ha sido mal comprendido e interpretado como un medio para asesinar y



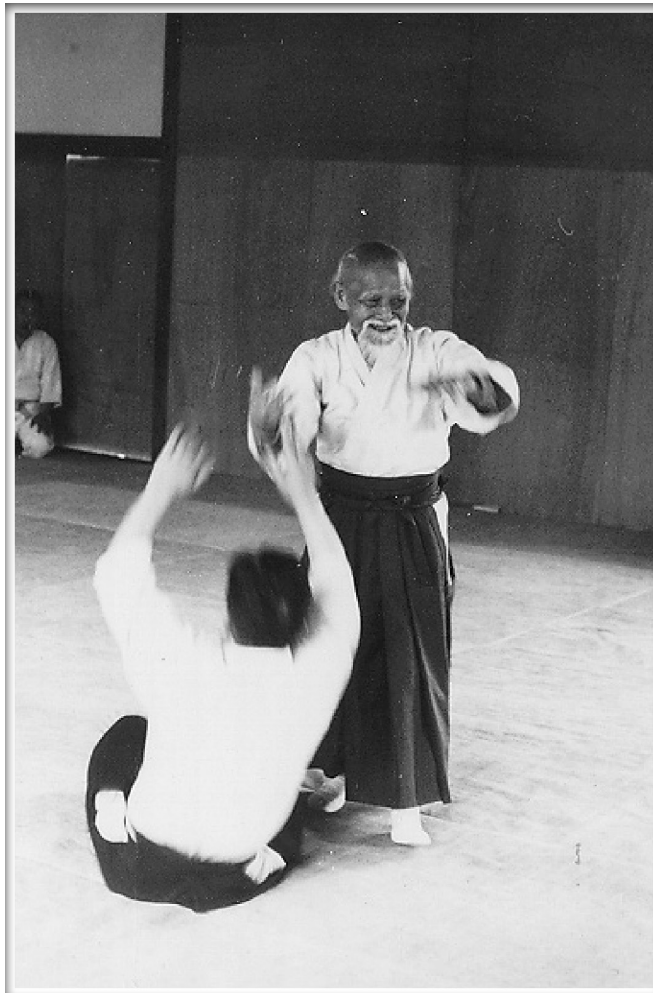
destruir a otros. Los que buscan la rivalidad, la discordia y la competencia contra otros cometen un grave error. Aplastar, herir y destruir es el peor pecado que un ser humano puede cometer. La verdadera senda del guerrero lleva a evitar y prevenir la matanza y la violencia. Es el arte de la paz, el poder del amor."

El Aikido. Eran tiempos de reflexión y Morihei Ueshiba, ya en su etapa madura de guerrero, concibió la idea de llamar a su técnica de una manera más acorde con sus convicciones filosóficas y espirituales, sobre todo después de haber tenido la última de las tres visiones mencionadas. (recordemos que primero fue Aikijujutsu, luego Aikibujutsu y, al final, Aiki Budo). El nuevo nombre que eligió, con gran acierto, fue *Aikido*. La palabra está compuesta por los términos "Ai": armonía o encuentro (hay que hacer notar que este carácter, en japonés, se lee de la misma manera que otro cuyo significado es "amor". El maestro solía hacer mucho énfasis en esto); "Ki", el espíritu o energía que anima todas las cosas en el universo, desde una brizna de hierba hasta las galaxias; y "Do", Sendero. Así, Aikido significa: "Sendero de la armonía con el Espíritu Universal". En otra acepción puede interpretarse como "encuentro de espíritus", entendiéndose en el sentido de que uno armoniza la esencia, el "espíritu" de su cuerpo, mente y alma, integrándolos para alcanzar una vida plena, o también con el significado de que uno se encuentra con el espíritu de un atacante y se armoniza con él para conducirlo de la manera apropiada y neutralizar su agresión. Fue, por lo tanto, 1942 el año en que registró ese nombre de "Aikido" ante el Ministro japonés de Educación y desde entonces así se le

conoce de manera oficial. Tenía entonces casi sesenta años.

El dojo de Iwama. En aquella su última visión, el Espíritu de la Paz también le había indicado que era mejor para él regresar a cultivar la tierra. El Kobukan estaba casi vacío de estudiantes, pues los mejores habían sido reclutados para la guerra. Entonces nombró a su hijo, Kishomaru, Director de la Fundación Kobukai, que incluía al Kobukan, y él se fue a Iwama, Prefectura de Ibaraki, en donde también poseía tierras y se puso a cultivarlas. Amaba esa actividad y la identificaba con el arte marcial. Por eso muchas veces se le oyó decir: "La agricultura y el Budo son una misma cosa". El guerrero en él, por supuesto, no podía dejar de hacer lo suyo y en 1943, allá en Iwama, construyó un dojo al aire libre así como un templo dedicado al Aiki (armonía espiritual) que ahora se ha vuelto muy famoso. Enseñando sólo a unos pocos discípulos escogidos, continuó perfeccionando su arte y consolidándolo. Por ello muchos expertos en la materia consideran a Iwama como la cuna del Aikido.

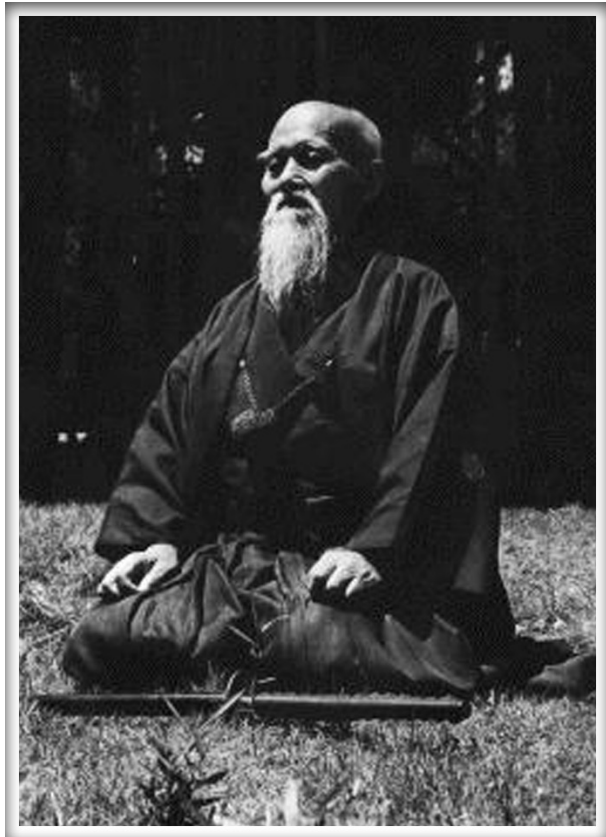
La bomba atómica. Era 1945 y la guerra duraba ya casi seis años. De los tres países principales que constituían el Eje: Alemania, Italia y Japón, opuesto a los aliados, únicamente el tercero seguía peleando. Entonces llegaron para el País del Sol Naciente los días más aciagos de su historia, hasta entonces: El 6 de agosto estalló sobre Hiroshima la primera bomba atómica, matando a 60,000 habitantes e hiriendo a



otros 100,000. Tres días después, el 9 de agosto, fue lanzada la segunda bomba atómica sobre Nagasaki, causando 40,000 muertos. Ambas poblaciones quedaron reducidas a polvo, cenizas y escombros y con ellas desaparecieron el orgullo y la fe que hasta entonces habían tenido los japoneses en sí mismos y en el destino de su nación.

La prohibición. Los ejércitos aliados, vencedores, ocuparon la nación entera y una de las primeras medidas que dictaron fue prohibir en todo el territorio la práctica de las artes marciales, aduciendo que éstas atizaban el espíritu bélico de los japoneses. El dojo Kobukan cerró sus puertas. Sintiendo que el Aikido iba a desaparecer, un puñado de alumnos continuó practicándolo con el maestro Ueshiba. Empero, éste procedía optimistamente, afirmando que el ejercitamiento en su técnica constituía un medio excelente para que sus paisanos recuperaran la confianza en sí mismos. Por eso ayudó a organizar un Concejo Nacional encaminado a restablecer la práctica de las artes marciales, que tuvo su primera reunión el 22 de noviembre de 1945. Asistieron 53 oficiales del ejército, incluyendo al que fuera Primer Ministro de la nación, el príncipe Komoe.

El gran día. Luego, los maestros de judo, karate-do, Kyudo, Kendo, Naginata y, por supuesto, Aikido con el maestro Ueshiba como representante, promovieron demostraciones ante los comandantes y soldados de los ejércitos vencedores. Muchos de ellos, al ver de cerca cómo se practicaban esas artes marciales, se entusiasmaron y quisieron aprenderlas, comenzando a favorecer, ellos mismos, las gestiones de aquellos para eliminar la veda. Por fin, el 9 de febrero de 1948, llegó el gran día: la prohibición fue levantada y el permiso concedido para que los dojos volvieran a funcionar. En esa fecha el Ministro de Educación dio al maestro Ueshiba la autorización para reabrir su escuela. Este, jubiloso, dijo a sus alumnos: “¡La guerra ha terminado! ¡Ahora es tiempo de reconstruir! Debemos ayudar para que la nación se levante de sus ruinas. Nuestra contribución será divulgar el Aikido para que nuestros compatriotas, al practicarlo, recuperen la confianza en sí mismos y la fuerza



espiritual; pero iremos más allá: el Aikido no será únicamente para los japoneses. Yo lo concebí para todos y por ello será mi legado para la humanidad entera”.

O-Sensei. Fue por esa época cuando empezó a ser llamado “O-Sensei” (Gran Maestro).

En ese mismo año de 1948 su escuela de Iwama volvió a funcionar como central del Aikido

En 1955 viajó a Osaka y allí instruyó durante varias semanas en el dojo de Bansen Tanaka, adelantado aikidoka que era discípulo suyo desde 1936.

En 1956 salió de Iwama para irse a residir a Tokio y reabrió la escuela ubicada en Wakamatsu-Cho, que se llamó desde entonces “Aikido Hombu Dojo” (Escuela Central de Aikido) y que se encuentra hasta la fecha en el mismo sitio, con su hijo Kishomaru como Director. El día en que se reinauguró ofreció una magna demostración a la que asistieron muchas personalidades, incluyendo embajadores de países extranjeros.

Dedicaba todas sus energías a dar a conocer el Aikido y algunos de sus más aventajados estudiantes empezaron a viajar a otras partes del mundo para dar a conocer el arte.

Medalla de Honor. En 1960 Morihei Ueshiba, junto con Yosaburo Uno, décimo Dan de Kyudo (arte marcial que utiliza el arco y la flecha) recibió, de manos del emperador Hiroito, el premio “Shijuhoso”, o Medalla de Honor con el listón púrpura, como reconocimiento a su labor en pro de la salud física, mental y espiritual de la nación. Solamente a tres maestros del mundo de las artes marciales les ha



sido concedido semejante honor, siendo uno de ellos, como se ha mencionado, O-Sensei.

A pesar de su avanzada edad (tenía entonces setenta y siete años), no disminuía sus actividades para difundir el Aikido. En febrero de 1961 viajó a Hawái, invitado por el Centro de Aikido (Hawai Aikikai) que allá había surgido bajo los auspicios de uno de sus más brillantes discípulos, el 9º Dan Koichi Tohei. En esa ocasión también hizo escala en Estados Unidos, donde aquél ya había promovido la técnica. Ese mismo año quedó establecida la Federación Japonesa de Estudiantes de Aikido.

En 1963 ofreció otra de sus extraordinarias demostraciones ante los instructores de Aikido de todo Japón, reunidos.

Nueva distinción.

En 1964 el Gran Maestro contaba con 81 años y, aunque en ocasiones necesitaba ayuda para subir escaleras, cuando se trataba del Aikido era otra cosa. Al pisar el tatami se operaba en él una asombrosa transformación: volvía a ser ágil como un joven, con movimientos gráciles y veloces. Existe una película que le fue tomada en esa época en la que se le ve derribando y frustrando los ataques de un grupo de enormes policías militares norteamericanos que habían llegado a su escuela con actitud escéptica que, después de aquello, se volvió respetuosa. La fama de O-Sensei era ya mundial y, en ese mismo año, el gobierno japonés le otorgó la "Orden del Sol Naciente" por haber fundado el movimiento del Aikido.

Trabajo terminado.

En 1968 quedó finalizada la construcción de la Escuela Central de Aikido (Hombu Dojo) en Wakamatsu-Cho, Tokio, que ya había empezado a funcionar como tal desde 1956.

Últimos días. Ya la vida de O-Sensei se agotaba. El 15 de enero de 1969, en una celebración que tuvo lugar en Kagami Biraki, ofreció la que sería la última de sus maravillosas demostraciones. Al llegar la primavera de ese año cayó gravemente enfermo y dijo a su hijo Kishomaru: "Puedo escuchar a Dios llamándome". En el hospital donde fue internado, los médicos le diagnosticaron cáncer en el hígado. Pidió entonces ser llevado al hogar para así poder estar cerca de su amado dojo, que estaba contiguo.

El 15 de abril O-Sensei impartió sus últimas instrucciones a sus discípulos: "El Aikido es para el mundo entero. Nunca lo

practiquen con actitud egoísta. Debe estar abierto a todos y en todas partes".

Imposibilitado para practicar y tendido en su lecho, sabía, sin embargo, en cuáles técnicas se estaban ejercitando los alumnos en el dojo, por el ruido que hacían los cuerpos al caer. Los que estuvieron a su lado durante esos días, afirman que su Ki se volvió más fuerte que nunca. Aunque su cuerpo había quedado reducido a una pequeña corteza, era tan pesado que diez de sus discípulos juntos no podían levantarlo.

El adiós. En la mañana del 26 de abril O-Sensei Morihei Ueshiba, el Gran Maestro del Aikido, tomó la mano de su hijo Kishomaru, sonrió con ternura diciéndole: "Cuida bien de todo", y murió.

Dos meses más tarde, en Junio, Hatsu, su esposa y compañera de toda la vida, a los 67 años, lo siguió en el viaje sin retorno.

El cuerpo de O-Sensei fue cremado y sus cenizas llevadas al templo familiar en Tanabe. Mechones de su cabello y barba se colocaron en el santuario Aiki de Ayabe y también en el dojo Kumano Juku. Ya ese templo Aiki es un lugar sagrado para los practicantes de Aikido. Cada año, el 29 de abril, se celebra allí un servicio religioso en memoria de O-Sensei.

El Gran Maestro partió de este mundo, pero el espíritu de sus enseñanzas y su legado de paz, fraternidad, buena voluntad, salud y amor y protección a

todos los seres y a todas las cosas a través del Aikido, el bello arte marcial que fundó, permanecerán para siempre con la humanidad mientras ésta exista sobre la tierra.

